

Estudio etnográfico de Améscoa

III

Investigaciones ETNIKER
Dirigidas por la "Cátedra de Etnología Vasca"
INSTITUCION PRINCIPE DE VIANA
De la Excm. Diputación Foral de Navarra

EL MUNDO DE CARBONEROS Y LEÑADORES

INTRODUCCION

Améscoa es un valle eminentemente boscoso; sus pueblecitos han permanecido siempre arropados de robles y encinos y masas ingentes de hayas pueblan las sierras que cierran el horizonte de sus habitantes.

En estos montes y en estas sierras ha tenido el morador de las Améscoas al alcance de su mano un campo adecuado para el desarrollo de una actividad forestal, con que subvenir a sus necesidades económicas.

ANTIGUEDAD DEL QUEHACER FORESTAL

Desde siempre el amescoano se ha creído con el derecho incuestionable de poder cortar en los montes comunes, tanto del Concejo como del Valle, la leña que ha necesitado para el hogar y las maderas de que ha precisado para la construcción y reparación de la vivienda y edificios anejos, así como para la fabricación de aperos e instrumentos de trabajo. Este derecho adquirió, por la costumbre, fuerza de ley y últimamente fue sancionado por las Ordenanzas Municipales.

En el «Libro de los Fuegos de la Merindad de Estella» del año 1427, encontramos alguna referencia a cierta actividad forestal de tipo industrial en nuestro valle: en Artaza, Urra y Baquedano declaran que «llevan madera a vender a Estella» y en Zudaire «que viven haciendo madera y llevando a vender a Estella»¹.

1 Archivo General de Navarra.

LUCIANO LAPUENTE MARTÍNEZ

Gracias a un «Proceso» que se conserva en el Archivo General de Navarra² conocemos el nombre de varios vecinos de Améscoa Baja que en el siglo XVI ganan su pan «haciendo carbón y tablas»³. El «proceso» es del año 1573-74 y en él declara el testigo D. Sancho Martínez, natural de San Martín y Abad de Zudaire: —Que Sebastián de Galarreta vivía en Zudaire «haciendo tablas para vender» y Hernando de Andueza, vecino de Baquedano «ha acostumbrado a hacer tablas para vender» y Juan de Vicuña, vecino de Baquedano, «ha acostumbrado a hacer tablas y carbón para vender». Que Tomás García, de Baquedano, «vivía en su oficio de cubero, solía hacer cubas y ha acostumbrado a hacer carbón y tablas para vender». Que Juan de Negueloa era vecino de Baquedano había sido pastor y porquerizo y vivía haciendo tablas y otros trabajos». Que Sebastián García, vecino de Artaza, era nieto de «Santiago el tamborín»; «el agüelo vivió siendo tamborín y el nieto (Sebastián) ha sido cabrero del Concejo de Vaquedano y ha vivido haciendo carbón y tablas». «Lucas Garay vive con su oficio de carbonero». Juan de Ezquioga, vecino de Artaza, es cubero y hacía tablas. Y que Martín García, de Artaza, era nieto de Sancho García el tamborín; «el dicho Martín y su padre vivían haciendo tablas y carbón».

Por estas calendas los amescoanos gozan de entera libertad en los montes de la comunidad para su actividad forestal; pero ya en el año 1590, preocupados por la conservación del arbolado y los pastos, se reúnen todos los vecinos de los lugares de Améscoa Baja presididos por sus Jurados y Alcalde Ordinario del Valle en junta general o bazarre y aprueban unas «capítulas» para poner orden «en sus términos yermos y montes y en el talar y cortar árboles y rozar los montes comunes y majadas de la dicha valle»⁴. Desde este momento la Junta y Bazarre de vecinos regulará y vigilará el quehacer forestal.

2 "Proceso del Estado de Hijosdalgo del Valle de Améscoa la Baja contra el Estado de Labradores del mismo Valle, sobre trabajos personales ..." Año 1574 - Zunzarren, Srio. Fajo único, A. G. N., Sala 1, Izqda. Est. 1, Balda 13, núm. 16.

3 En esta segunda mitad del siglo XVI funcionarían en Améscoa dos ferrerías, cuya alimentación exigiría grandes cantidades de carbón vegetal, ya que en el año 1551 el Virrey Duque de Alburquerque concede a Juan Leandro de Cegama, vecino de Goizueta, autorización para fabricar una ferrería en el río Urederra, en término de Baquedano, con licencia para cortar leña en los montes de Encia y Urbasa" (A. G. N. Libro de Mercedes 1.º Fol. 3). Y en el año 1555 se concede permiso al Lugar de Baquedano para que en el río Urederra fabrique otra ferrería que se llamará "la segunda ferrería del río Uredera", concediéndole, al igual que en la anterior, licencia para cortar madera y hacer carbón en los montes Reales de Encia y Urbasa" (A. G. N. Libro 2.º de Mercedes, Fol. 263v).

4 Archivo Municipal del Ayuntamiento de Améscoa Baja, Zudaire.

ESTUDIO ETNOGRÁFICO DE AMÉSCOA (III)

EL CARBONEO EN LA TOPONIMIA

En la toponimia amescoana sólo he encontrado un «nombre de término» en cuya formación entra la palabra «ikatz» = carbón. En un amojonamiento de los términos que dividen el territorio de Artaza y el de Améscoa Baja hecho en el año 1748, aparece un paraje con el nombre de Icaztoquíarreta ⁵.

¿ATRIBUYERON AL CARBON NUESTROS ANTEPASADOS ALGUNA VIRTUD MÁGICA?

La pregunta del epígrafe ha brotado en mi mente al recordar cómo hacía el café mi madre, amescoana cien por cien: en el puchero de agua hirviendo introducía el café molido e inmediatamente depositaba sobre el café una brasa encendida que tomaba del fogón, cerraba la boca del puchero con una «cubertera» y dejaba reposar al café con su carboncico.

Todos mis informantes coinciden en afirmar que este rito se practicaba en todas las casas del valle. Nadie sabe la finalidad de tal práctica pero ellos mismos apostillan «¡Algún misterio tendría!».

EN EL SIGLO XIX ES NUMEROSO EL GRUPO DE CARBONEROS Y LEÑADORES EN AMESCOA

En el siglo pasado son muchos los amescoanos que desarrollan su actividad laboral en los montes y todos ellos se dedican indistintamente, ya a la elaboración del carbón o bien a otro quehacer forestal.

Los que carecían de tierras de cultivo y aquellos cuya hacienda era muy corta encontraban en los trabajos forestales un medio de ganarse su sustento y el de su familia. Y el oficio de leñador o carbonero era casi la única salida para los que sin contar con un patrimonio familiar se casaban por amor (se casaban a sueltas) y se resistían a emigrar.

En el «Censo municipal de Améscoa Baja» del año 1857 todos los trabajadores del carbón aparecen como «jornaleros», pero no eran propiamente jornaleros; eran trabajadores autónomos que elaboraban sus productos y los vendían por su cuenta o que, si hacían contrato con un rematante de un lote de madera, se comprometían a hacer su trabajo a un tanto por carga de carbón o por cien «duelas» o «tablillas».

La vida de estos carboneros y leñadores era dura de verdad: el manejo del hacha para derribar árboles y cortar la leña y el de la maza para romper

5 Archivo Municipal del Ayuntamiento de Améscoa la Baja, Zudaire.

los troncos exigían un esfuerzo brutal; la jornada de trabajo era agotadora (de sol a sol); su dieta alimenticia, espartana (habas, pan y tocino); su cobijo en el «lantegui» una rudimentaria choza de madera y tepes y su lecho de dormir, el santo suelo mullido de «abarras» y «falaguera» (helecho).

El valor de los productos elaborados por los carboneros y leñadores era exiguo y la mano de obra escasamente retribuida, por lo que el sustento y crianza de la familia no resultaba nada fácil para estas gentes en unos tiempos en que la economía familiar y del valle tendía, mediante la agricultura y la ganadería, al autoabastecimiento de materias primas para alimentación y vestido y en una época en que el dinero escaseaba tremendamente.

CAMPOS DE ACTIVIDAD FORESTAL

El leñador y carbonero tenían su campo de acción en los montes de los Concejos, en los comunes de Loquiz y Larraiza, propiedad del Municipio de Améscoa Baja y en el monte Limitaciones de las dos Améscoas, donde siempre encontraban material para su actividad: despojos (ramas desgajadas por el viento), ramas secas, hondones y algún que otro árbol furtivamente acarreado...

Montes de los Concejos y del Municipio.—En Améscoa Baja cada pueblo posee su monte comunal propio que administra el Concejo, pero la comunidad de todos los pueblos que integran el Municipio o Valle es propietaria a su vez de los montes de Loquiz y Larraiza que administra el Ayuntamiento. En Améscoa Alta cada uno de los tres pueblos constituye un Concejo y un Municipio autónomo, cada pueblo tiene su monte propio que administra el Ayuntamiento respectivo. Como estos montes se encuentran muy próximos a los poblados, es aquí donde los leñadores elaboraban el carbón en los meses de invierno; desde casa acuden diariamente al tajo y es la época en que nuestros carboneros hacían vida enteramente familiar y en que su existencia es más humana.

Monte de Limitaciones.—Es en las «Limitaciones» donde los vecinos de ambas Améscoas, Alta y Baja, encuentran amplio campo para sus quehaceres forestales. Este «Monte de Limitaciones» es la faja de terreno, con una extensión de 57.668 robadas equivalentes a 5.178 Has., que la Comunidad de vecinos de las dos Améscoas posee en la sierra de Urbasa y que está densamente poblado por un hayedo de la mejor calidad. Lo administra una Junta formada por los Ayuntamientos de los dos Valles y dos Diputados de monte, uno de la Améscoa Alta y otro de la Baja. Esta Junta, a la que llaman «de Aristubelza» (por el nombre donde estaba enclavada la casa en que celebraba sus reuniones) debe atenerse en el gobierno del Monte, a lo establecido en unas

ESTUDIO ETNOGRÁFICO DE AMÉSCOA (III)

«Ordenanzas» cuya primera edición en el año 1852, recogió las normas que regían por costumbre inmemorial.

Un estudio detenido de estas «Ordenanzas» nos hacen entrever en ellas unas directrices fundamentales que tratan de conseguir; son a saber:

a) Un sentido social de la explotación, más que comercial; se nota en efecto en ellas un empeño en que toda familia amescoana pueda encontrar en el «Monte de la comunidad» un medio de ganarse la vida.

b) La conservación de la riqueza forestal.

c) Evitar toda especulación desordenada que vaya en perjuicio del bosque o del bien común.

d) Un interés reiterativo de que sea en beneficio exclusivo de los vecinos de Améscoa.

e) Dar a todos los vecinos una igualdad de oportunidades y beneficios.

Aunque la cita es un poco larga, creo que merece la pena transcribir de estas «Ordenanzas» los artículos referentes a los «aprovechamientos de materiales de carbón y leña», ya que en ellos se refleja fielmente un mundo forestal, muy nuestro, que ha desaparecido:

«Es libre igualmente a todo vecino el corte de árboles y elaboración de materiales y leña de carbón para la venta, bajo las cláusulas y condiciones siguientes: —Primera, que una sola persona de cada vecino u hogar ha de tener facultad para el corte y elaboración de materiales, pudiendo sustituirse o cambiarse por otra persona de la misma familia, cuando le acomode, pero dando aviso del cambio a los Diputados de montes. No se permitirá a criado alguno o persona asalariada al efecto de cortar y elaborar materiales de cualquier clase y tan sólo será concedida esta gracia a las viudas pobres, si no tienen en su compañía y familia varón mayor de diez y seis años, e igualmente a los ancianos o físicamente impedidos que formen familia separada, pero cesará el permiso en el momento en que en la misma entre varón de la citada edad. Esta concesión será hecha a juicio de los Diputados de Montes.

Segunda —Estos individuos braceros podrán cortar y elaborar libremente toda clase de materiales para su venta en cualquier parte de Navarra, excepto en los valles de Borunda, Ergoyena y Araquil, desde primero de Noviembre de cada año hasta Mayo del siguiente, pero exceptuando el llamado «palo de silla» de cualquier dimensión, el llamado «cabrio» y el de «duela de pipería y cubetes» que se extraen para el Cantábrico. La tabla o duela de comportería podrán elaborar además de la dicha temporada, en los meses de Septiembre y Octubre.

Tercera —La elaboración del carbón podrán hacer solamente en los despojos y leña caída y conducirlo a cualquier punto de Navarra, excepto a los

valles exceptuados y esta elaboración podrán hacerla en todas las estaciones del año sin restricción de mes alguno.

Cuarta —La elaboración de carbón para conducción y venta a las provincias vascongadas y los tres valles exceptuados podrán hacerlo libremente los braceros del despojo y leña caída, desde primero de Mayo hasta primero de Noviembre siguiente en cada año, pero de esta elaboración se hará cargo el Administrador de los Valles, sin que por su cuenta puedan conducir los carbones ni venderlos a persona alguna. El Administrador pagará semanalmente a los braceros su trabajo de elaboración a razón de tres reales y medio vellón por carga de dicho artículo y en la conducción que se haga por cuenta de la Administración, serán preferidas las familias de los propios braceros que elaboraron y quieran conducirlo con sus caballerías, pagándoles el precio corriente de porte y también serán preferidos los conductores que se ofrezcan de los mismos valles a qualquiera otro forastero en iguales circunstancias, pero ninguna familia podrá emplear en la conducción mas de dos caballerías o dos yuntas de bueyes.

Quinta —Como la estación de invierno debe haber meses y temporadas en que los braceros no pueden dedicarse a material de carbón, podrán disponer las leñas para sus carboneras, preparándolas para la estación oportuna y en ese caso el Administrador pagará a los mismos un real vellón por cada carretada de leña que preparen, cuyo importe les será rebajado por el mismo al tiempo de pagarles el carbón elaborado.

Sexta —Si los Diputados y la Junta de Montes de los Valles juzgaren oportuno y conveniente verificar anualmente un señalamiento de árboles, sin distinción de dimensiones, en algún trozo de la sierra que merezca aclararse o entresaca, lo podrán ejecutar en la estación de invierno en que los braceros tienen menos ocupación, pero estos señalamientos los harán los dichos Diputados y Junta bajo su responsabilidad y sin comprometer y arruinar la conservación y existencia del arbolado. Los braceros cortarán libremente los árboles marcados y elaborarán toda clase de materiales que les convenga, pero de todos ellos se hará cargo la Administración, pagándoles su trabajo a razón de seis reales vellón por ciento de duelas y a esa misma proporción de precio si fuera otra clase de materiales. Los materiales primitivos que se elaboran y venden libremente, como se expresa en la cláusula segunda, no entrarán a cargo de la Administración aunque se elaboren en los árboles así marcados.

Septima —Para evitar cualquier fraude que podría hacerse en elaborar materiales por las personas de cada familia, se prohíbe rigurosamente el elaborarlos en las casas particulares y tan solo se hará la elaboración en los mismos montes.

Octava —Todos los braceros deberán inscribirse con su nombre y apellidos en una lista que llevarán los Diputados de Montes, expresándose en ella

ESTUDIO ETNOGRÁFICO DE AMÉSCOA (III)

si es algún asalariado de viudas, ancianos o impedidos pobres y no se permitirá ser tal criado a ninguno que no sea natural y residente de los mismos Valles. Solamente los inscritos en la referida lista tendrán derecho a la elaboración de materiales de venta.

Novena —Para que la Administración de los Valles pueda hacer a su debido tiempo y con seguridad las contratas con el comercio y recibir los anticipos que necesita para verificar sus pagos, todos los braceros inscritos que quieran trabajar por cuenta de la Administración, deberán manifestarse bajo firma o ante dos testigos, sino supieran escribir, para el primero de Enero de cada año. Los braceros así manifestados quedan obligados a elaborar para la Administración al menos cuarenta cargas de carbón y si no lo verificasen, serán borrados de la lista de inscripción y ni ellos ni ninguna persona de la familia por quien trabajen, será admitido en aquel año ni en el siguiente a corte ni elaboración alguna en las Limitaciones. Tanto en la elaboración del carbón como de otros materiales, que los braceros hacen por cuenta de la Administración, no podrán asociarse en trabajo común mutuo mas de dos personas y los que no lo observan seran borrados y excluidos como se ha dicho»⁶.

EL MUNDO FORESTAL A PRINCIPIOS DE SIGLO

Hasta la década de los treinta de este siglo XX el mundo forestal no tiene cambios notables. El articulado referente a los «aprovechamientos para materiales y leña de carbón» de las de 1852, se repite al pie de la letra en las «Ordenanzas» que periódicamente se van renovando. Abundan en este tiempo los carboneros. A los hijos del carbonero no queda otra alternativa que seguir el oficio del padre o emigrar.

Los «Domeño» eran cuatro hermanos establecidos con sus respectivas familias en San Martín que habian heredado el oficio del padre, carbonero de toda su vida, y trabajan casi siempre mancomunadamente. Uno de ellos tenía una recua de machos y hacía la tarea de arriero, transportando el carbón desde el monte a la carretera o algún cargadero donde se apilaban los sacos para transportarlos con la galera y más tarde con el camión. Cuando el carbonear dejó de ser rentable las cuatro familias tuvieron que emigrar.

En esta época se hace carbón en los montes concejiles y en los del Municipio y sobre todo en el «Monte de Limitaciones» donde se elabora además «duelas» y «tablilla para cubetes de salazón y escabeche». La tablilla se labraba con hacha y se refinaba con el «gancho». Llamaban «gancho» a una barra de

6 Archivo del Monte de Limitaciones, Sacristía de la iglesia de Ecala.

hierro con uno de sus lados acerado y cortante que llevaba un mango de madera en cada uno de sus extremos.

Si el «tajo» se halla en las Limitaciones o en algún otro monte de la sierra, subían al «lantegui», con su «otaldi» en el zurrón, para toda la semana. (Llamaban «otaldi» al cupo de comida para los ocho días).

Informa Paco Idiazábal, 65 años, carbonero de San Martín: «Yo lo más lejos que fui a hacer carbón, fue a los montes de Urabain (en la sierra de Encia). Dormíamos sobre una cama de abarras y falaguera (helecho) en una chabola que nosotros mismos hacíamos con leños de haya y cespedes (tepes). Veníamos a casa los sábados, excepto los que se tenían que quedar a cuidar las carboneras cuando estaban encendidas. A misa íbamos a Roiti. Comíamos habas y tocino o habas y vino a elegir».

MIGRACIONES TEMPORARIAS

En el primer cuarto de siglo eran muchos los carboneros amescoanos que solían desplazarse hacia montes lejanos para carbonear en ellos durante una porción de meses al año. Los de San Martín gustaban de ir a los montes de Burguete. Solían marchar en cuadrilla y en cuadrilla se contrataban con algún «rematante de lotes de madera», comprometiéndose a elaborar el carbón a tanto por carga. Al monte en que carboneaban llamaban «lantegui». Partían del pueblo en los meses de Abril o Mayo y permanecían en el «lantegui» hasta Octubre o Noviembre. En el monte se alojaban en grandes cabañas que ellos mismos construían con madera y tepes. El fondo de la cabaña hacía de dormitorio. La cama era un emparrillado de abarras a muy poca altura del suelo, mullida de helecho. Un tronco gordo separaba el dormitorio de lo que hacía de cocina donde se encendía el fuego. Sólo bajaban al pueblo más próximo en los días festivos a cumplir con sus deberes religiosos y abastecerse de alimentos. Un bocadillo y un trago en la taberna era el único lujo que se permitían la mayor parte de ellos en su semanal racionamiento de habas y tocino. Informa Paco Idiazábal: «Algunos iban a Burguete. Si habían de traer algún dinerico a casa tenían que estar en el monte sin bajar al pueblo. Los había que bajaban al pueblo se juntaban en cuadrilla y se comían la ganancia de su trabajo. Después de una semana de excesivo trabajo y mucha privación, se comían igual media oveja, bebían con exceso y se gastaban la ganancia de la semana. Esto sólo lo podían hacer los jóvenes, porque los mayores tenían que traer los dineros a casa para alimentar a la familia».

Eleuterio Lazcano, de San Martín, fue carbonero, tiene 84 años y confiera: «Yo no fui más que una vez a Burguete. Tenía diez o doce años. Fui de

ESTUDIO ETNOGRÁFICO DE AMÉSCOA (III)

«rancherico» para una cuadrilla de la que formaba parte mi hermano mayor ⁷. Comíamos habas con manteca. Solo el domingo bajaba al pueblo, íbamos a misa y echábamos un trago en la taberna. A la vuelta, me escondía entre las matas a la salida del poblado, y si veía un pollo, me liaba a pedradas con la sana intención de llevármelo, si lo mataba, para comerlo en la chabola... Ya ve... en aquella edad... ya tenía yo mi malicia... (Más que malicia era hambre). Dormía muy poco. Para las cuatro de la mañana comenzaban a gritarme: — ¡¡rancherico !! a encender el fuego !! Cerca de la chabola había una fuente, estaba en un hoyo. Un día bajé a la fuente con mi candaja. Me senté en una piedra en espera de que se me llenase la vasija y me dormí. Al despertarme eché a correr hacia la chabola, pero al subir la cuesta, se me cayó el cántaro y se rompió. El que hacía como de jefe de la cuadrilla me pegó con un palo. Yo me enfurruñé y decidí escaparme a casa. Me lancé a campo traviesa y hasta alcancé la carretera, pero cuando llevaba andando tres o cuatro kms. me agarró mi hermano y me dió una paliza».

La vida del monte enbrutecía bastante. Sólo la fé trascendente era el sostén de la dignidad humana de aquellas personas. Era su fe sin ningún cultivo doctrinal, pero amamantada en los pechos maternos y mantenida en contacto íntimo y permanente con la naturaleza.

Fernando Gil, carbonero toda su vida, de ingenio excepcionalmente agudo y con un innato sentido de la justicia... charlaba en cierta ocasión con sus amigos y les decía: — «¡Bah! ...nosotros no tenemos nada que temer, Dios tiene un libro grande, grande, enorme ...en el que todo esta escrito... tan grande es el libro, que para volver las hojas, se emplea una reata de ocho mulas. Allí en la letra F, dice: — Fernando = Por tantos y tantos años de comer abarras con sus costillas... TODO PERDONADO ⁸.

⁷ Cuando se desplazaban en cuadrilla para carbonear en un "lantegui" unas veces "iban todos a una", quiere decir que el importe del carboneo lo repartían, una vez descontados los gastos, a partes iguales entre todos los de la cuadrilla. Otras veces un grupo reducido (tres o cuatro) contrataban el trabajo y a ellos se agregaban otros carboneros que se ajustaban como peones a un tanto al día y la comida. En toda cuadrilla había uno que se cuidaba del fuego, de guisar la comida, acarrear el agua, fregar..., era el "ranchero". El oficio tenía poco de envidiable: para encender el fuego, se levantaba el primero y era el último en acostarse por culpa del fregado... y los quehaceres de "ranchero" no le eximían de compartir con sus compañeros los trabajos del carboneo. Frecuentemente solía ejercer el quehacer de ranchero algún muchacho de corta edad, aprendiz de carbonero.

⁸ Con esto de "comer abarras con las costillas", Fernando hace alusión al penoso dormir en el incómodo lecho de la chabola; pero sin duda quiso también resumir en tan gráfica frase, todo lo que de dura, trabajosa y sacrificada tenía la vida del carbonero.

LA CARBONERA

La combustión de la leña para convertirla en carbón se realizaba en la carbonera. Es la carbonera una pila de leña en forma de cúpula, envuelta con una capa de hoja y recubierta de tierra fina. (Foto núm. 1.)

Previamente el carbonero ha cortado la madera en trozos que se amontonan así:

Armar la carbonera.—Se fija un punto céntrico en una explanada de forma redondeada («la plaza»), que debe tener suelo de tierra. Si el suelo es rocoso se caldean las piedras al calor de la combustión de la leña y perjudica al carboneo. Si en el lugar donde se encuentra la leña todo el suelo fuera rocoso, se preparaba la «plaza» alfombrando el suelo con una capa gruesa de tierra; pero aún así resulta deficiente. El Círculo que había de ocupar la carbonera lo marcaban con una vara larga a la que con uno de los extremos fijo en el centro hacían girar marcando una circunferencia completa.

En el punto céntrico de la carbonera y perpendicular a la base, se alza la chimenea. Alrededor de la chimenea se amontonan los troncos y leños en dos o tres pisos, según la magnitud de la carbonera. Se termina la pira con el «cogote» que le da forma de cúpula.

En el piso llano se colocan los troncos más gordos, grandes e irregulares. El segundo piso lo forman troncos menos gruesos y más manejables y deben rellenarse los huecos con zoquetes de leña evitando queden espacios vacíos; lo mismo en el tercer piso donde se amontonan troncos aún más pequeños. La pira así formada se envuelve con leños de tamaño medio a los que llamaban «palancos» y se rodea nuevamente con otros palos más delgados («los delgaus»). Finalmente se recubre con una capa de hoja de unos 20 cm. de espesor y una última de tierra fina.

La chimenea central la estructuraban con ramas cortas entrecruzadas y apiñadas en cuadro dejando un hueco de unos 30 centímetros de lado. Los más viejos hacían la chimenea de esta forma: plantaban un poste de unos 30 cm. de diámetro y una vez amontonados a su alrededor los troncos y leños de la pira, sacaban el poste y quedaba vacío el hueco de la chimenea.

Las arrucas.—A ras de tierra y a lo largo de todo el contorno, se colocaba, de trecho en trecho, un leño montado sobre dos piedras para dejar abierta una ventanita por donde respirara la carbonera. A estas ventanicas llamaban «arrucas». Las tapaban con oroldi (musgo), para abrir y cerrar cuando viera al caso.

El encendido.—Se daba fuego a la carbonera por la chimenea. Introducían primeramente por el hueco de la chimenea un puñado de palos y rajas finas

ESTUDIO ETNOGRÁFICO DE AMÉSCOA (III)

de haya a las que llamaban «brinzas», todo muy seco. Arrojan encima un par de paladas de brasa bien encendida y sobre la brasa más palos y «brinzas de haya» hasta llenar la chimenea, cuya boca se dejaba abierta. Se abrían también las «arrucas» para que respirara bien la carbonera.

«*Burciar la carbonera*».—Cuando el encendido tomaba fuerza y llegaba el fuego a la boca de la chimenea, cerraban las arrucas y tapaban con tepes la boca de la chimenea e inmediatamente, con un palo puntiagudo (el pincho), iban abriendo agujeros laterales comenzando por la parte superior o casco, para que el proceso de cocción fuera de arriba a abajo. A la operación de abrir con el «pincho» estos agujeros laterales llamaban «burciar la carbonera» y al hacerla acertadamente se debía la buena cocción del carbón; ya que había que regular la apertura y tamaño de los agujeros muy ajustadamente, para que la combustión se hiciera lenta y uniformemente con el aire tamizado por los agujeros. (Foto núm. 2.)

Una vez encendida la carbonera la vigilancia debía ser permanente. Eleuterio Lazcano guarda, a sus 84 años, una reata de recuerdos y anécdotas que pugnan por salir de su boca; recojo esta: —«Tenía yo una carbonera en Loquiz, en el paraje que llaman «el agúin». Le había dado fuego y abierto los correspondientes agujeros para que respirara. Todo marchaba perfectamente y creí poderme dar un respiro y llegarme a casa a dar un vistazo a la familia... A la vuelta encontré la carbonera convertida en ceniza ...No sé a que se debió la quema, si al viento o que los agujeros habían sido demasiado grandes ...Lo cierto es que el esfuerzo, el sudor, el trabajo gastados en cortar la leña y armar la carbonera, se habían ido al traste».

EL «BETAGARRI»

A medida que va cociéndose la leña, se opera una disminución de volumen y para evitar vacíos que provocarían la quema de la carbonera, se alimenta esta con leña diariamente y hasta dos veces al día, según los casos. A esta leña con que se alimenta la carbonera llaman «betagarri». La operación de «dar betagarri» se realiza de esta manera —Se levantan los tepes del cogote y se abre la boca de la chimenea (Foto núm. 3), con una palanca larga (el orgonero) se urge en el interior para que no queden huecos (Foto núm. 4) y el vacío se llena con zoquetes de leña a los que llaman «mochos», finalmente se vuelve a cerrar la boca de la chimenea con los tepes. (Foto núm. 5.)

OTRO SISTEMA DE COCCION

Raramente estructuraban la carbonera sin chimenea central, practicando en su lugar un túnel de respiración lateral a ras del suelo. Lo hacían así: colocaban en el suelo una rama gruesa (una lata) que llegara desde el punto central hasta el orillo de la carbonera. Sobre esta rama, a la que decían «la burrica», montaban leños cortos, uno en una dirección y el otro en la opuesta, de modo que estructurasen el túnel de respiración que quedaba hueco al sacar la rama. Se amontonaban encima troncos y leños sin dejar vacíos recubriendo la pira con las correspondientes capas de hoja y tierra.

El encendido de estas carboneras se hacía de esta manera: valiéndose de un palo largo al que rajaban un extremo, para que sirviera de pinza, introducían por el túnel de respiración hasta el centro de la carbonera palos y astillas secas de fácil combustión y con el mismo palo unas rajadas ardiendo que daban fuego al combustible. Cuando el fuego había adquirido fuerza, tapaban el túnel de respiración y abrían los agujeros laterales como en el otro tipo de carboneras.

Me dice el abuelo Eleuterio que apenas se hacía alguna que otra carbonera de esta traza y todas ellas de muy pequeño tamaño y con leña muy seca. Confirma Paco Idiazábal: —«Sin chimenea y con gatera para encender y respirar por un costado, solo se hacía algún chindor. Decíamos «chindor» a una carbonera pequeña, de ocho o diez sacos de carbón, que armábamos sin chimenea y con gatera lateral para aprovechar los «linchos» que habían salido de otras carboneras».

MAGNITUD DE LA CARBONERA

El carbón se medía por cargas. Una carga la formaban dos sacos. Los sacos eran de cabida fija. Un macho transportaba dos cargas (cuatro sacos). Se hacían carboneras de todos los tamaños, desde las que daban diez o veinte cargas, hasta las que sacaban ochenta y más de cien. El ritmo de cocción de las diversas carboneras no es uniforme; depende, me dicen los carboneros de San Martín, de varias circunstancias ...y de la técnica del carbonero: «Algunos en vez de cocer, queman la leña». La cocción de una carbonera de ochenta a cien cargas debe durar de quince a veinte días.

Linchos.—A los leños que salen de la carbonera a medio cocer llaman «linchos».

INSTRUMENTOS DE TRABAJO

«*Bereiki*».—Es un rastrillo de tabla con forma de trapecio y un mango de palo oblicuo a la tabla (Fig. núm. 1). De él se valían para recoger la tierra y para sacar el carbón de la carbonera.

«*Eskuara*».—Es un rastrillo con puas de palo largas (Fig. núm. 2). Servía para extraer el carbón de la carbonera.

«*Ganchos*».—Son unos garfios con pua de hierro y mango de madera (Fig. núm. 3). Usaban de él para desgarrar la carbonera.

Maza y cuñas (Fig. núm. 4).—Para rajar los troncos usaban unas cuñas de hierro a las que golpeaban con un mazo también de hierro para hacerlas hender en la madera. Hacían uso también de mazos y cuñas de madera, pero me dicen que «cuando no había cuñas y mazas de hierro, quedaban muchos troncos sin rajar». Eleuterio Lazcano (84 años) atestigua: «Yo oí decir de pequeño que anteriormente las cuñas y mazos que usaban los carboneros eran de madera y que no había tronizador».

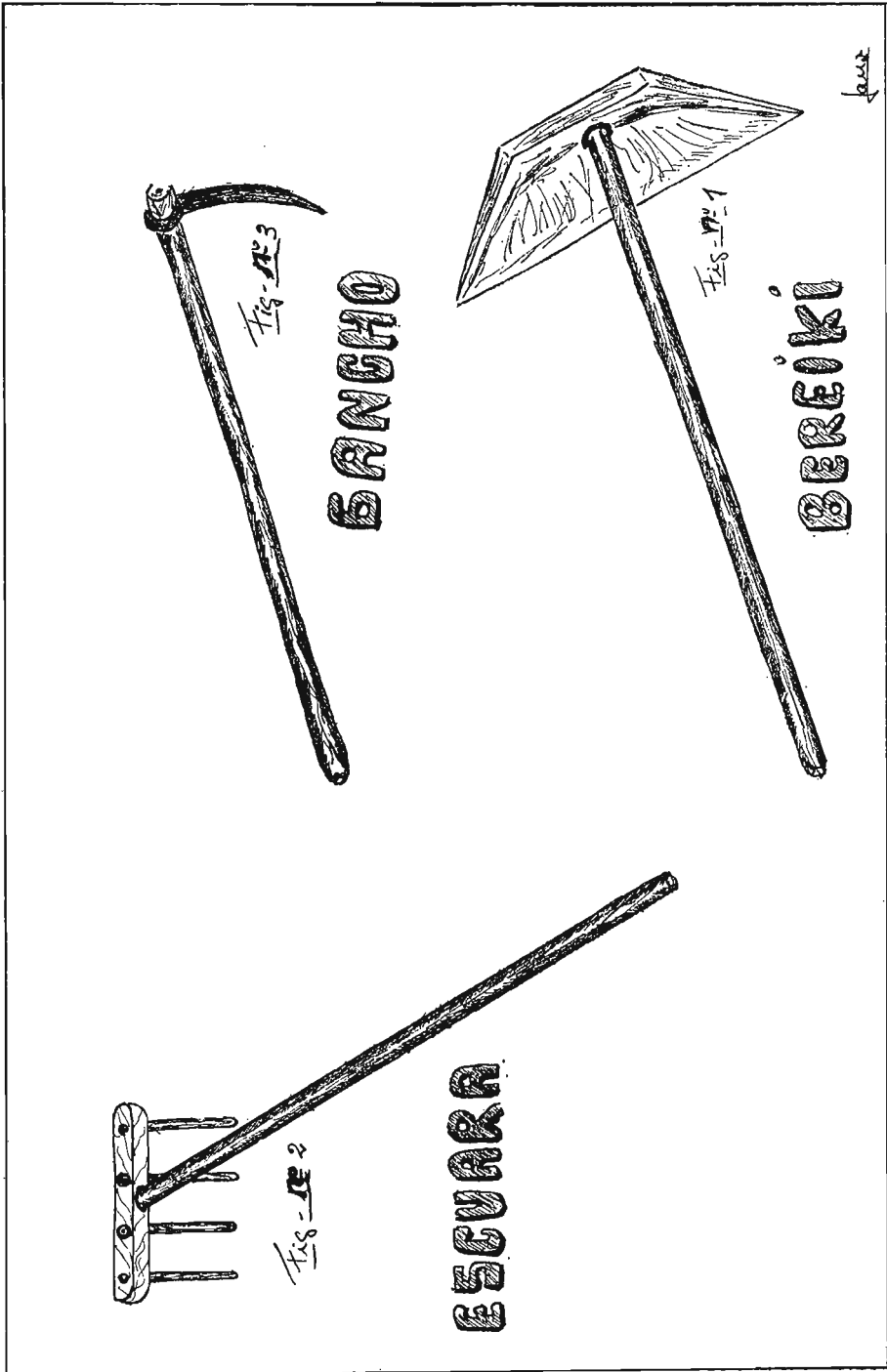
El hacha (Fig. núm. 5).—Es la herramienta más característica del leñador y carbonero. Las tenían de varios tamaños y pesos diversos, me dicen que las había «hasta de cuatro libras». El herrero de Zudaire llevaba fama de ser un buen forjador de hachas. Con el hacha derribaban árboles, cortaban ramas y hacían tablas y tablilla.

La «truenza» o «tronzador» (Fig. núm. 6).—Es una sierra acerada, gruesa y ancha, con mango de palo en sus dos extremos. Las hay de diversos tamaños; desde 1,50 m. de largo hasta las de dos metros. El tamaño más usado por los carboneros era de 1,60 m. La manejaban entre dos personas. Con la truenza aserraban el pie del árbol para derribarlo y partían a través los troncos largos en porciones cortas.

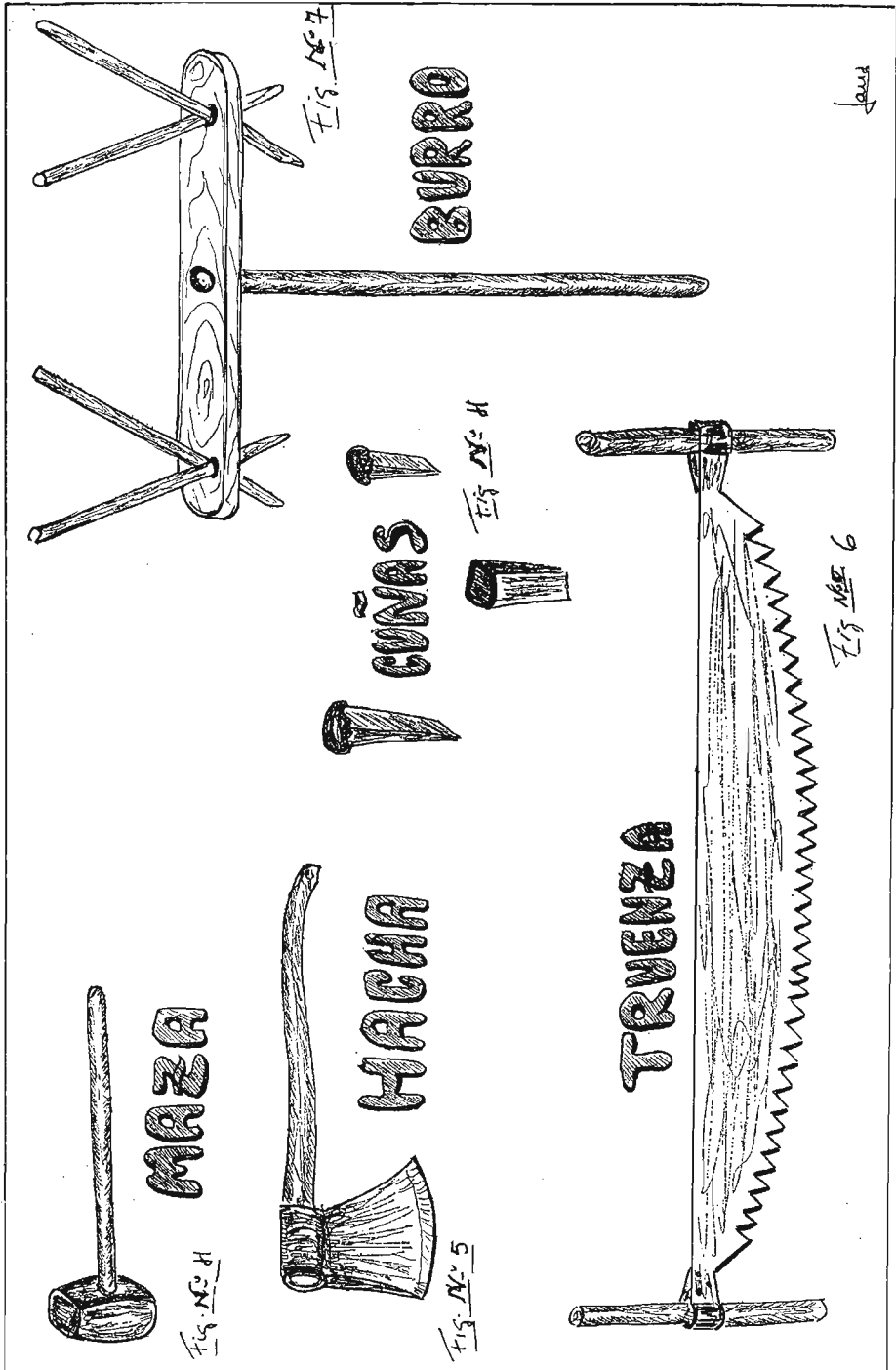
Escalera.—Para trepar por encima de la carbonera se valían de una rudimentaria escalera que ellos mismos fabricaban. A veces hacía de escalera una rama gruesa a la que hacían «oscas» (muescas) escalonadamente.

La pala.—Para recubrir la carbonera de tierra y otros menesteres empleaban una pala de madera.

El «burro» (Fig. núm. 7).—Para transportar a hombro hasta el lugar de la carbonera los leños delgados se valían de un sostén hecho por ellos mismos o el carpintero del pueblo y que era así: una tablilla alargada; en el centro lleva un orificio en el que se ajusta, verticalmente a la tabla, un palo de poco más de un metro de largo; en el lado superior de la tabla y a ambos extremos, dos palos tiesos y oblicuos, cada uno en dirección opuesta. Le llamaban el «burro».



ESTUDIO ETNOGRÁFICO DE AMÉSCOA (III)



OCASO Y FIN DEL CARBONEO

A partir de la década de los treinta el mundo forestal amescoano evoluciona notablemente. En esta evolución y cambio podemos señalar estos hitos: El tablón de piecería de haya adquiere un valor apreciable en el mercado. En las inmediaciones de Améscoa surgen dos industrias de la madera que instalan serrerías mecánicas y se abastecen de madera primordialmente de la sierra de Urbasa y los montes de nuestro Valle; son la de Echavarri en Olazagutía y la de Mortal en Artabia. En Agosto de 1933 la Junta de Aristubelza, administradora del Monte de Limitaciones, acuerda repartir el «beneficio del Monte», lo que hoy se llama la «posibilidad del monte», entre todos los vecinos de las dos Améscoas, Alta y Baja. Toca a cada vecino a unos doce metros cúbicos de haya de la mejor calidad. A este lote de madera, beneficio vecinal, llaman «suerte». Con este acuerdo queda sin vigor el articulado de las viejas Ordenanzas sobre «aprovechamientos de materiales de carbón y leña» con arreglo al cual se fue regulando hasta estas fechas el derecho de usufructo al monte de Limitaciones por parte de los vecinos de las dos Améscoas. Hacia el año 1935 aparece la primera industria de la madera de alguna importancia en Améscoa; los Molineros de Zudaire instalan una serrería mecánica. Son estos unos años de mucha actividad forestal en nuestro valle. Algunos amescoanos compran lotes de madera que cortan valiéndose de peones y venden a industriales más potentes. Algunos de estos pequeños maderistas se hacen con su camión para el transporte. Uno de ellos, Pepe Usabarrena, monta en Eulate una serrería mecánica. Son, pues, dos las serrerías mecánicas de Améscoa, la de los Molineros de Zudaire que da trabajo a doce obreros y la de Pepe Usabarrena en la que están empleados quince hombres. En los Años 1966-67 un industrial valenciano, el Sr. Andreu, monta una importante fábrica de sillas en la que trabajan unos setenta obreros. Esta fábrica esta instalada en el límite de las dos Améscoas, en lo que fue paraje de Aristubelza.

Hasta la década de los cincuenta no decrece la actividad de nuestros carboneros, pero dejaron ya de desplazarse a carbonear en los montes lejanos. Siguen haciendo carbón en los montes del valle y en nuestras sierras y trabajan por cuenta propia o como destajistas.

Es en la década de los cincuenta a los sesenta cuando la demanda de carbón vegetal va disminuyendo hasta ser enteramente nula. Algunos de los que se dedicaban al carbón tienen que cambiar su oficio por otro trabajo más lucrativo. Es en esta década en la que los jóvenes emigran del valle masivamente para enrolarse en las industrias de Guipúzcoa, Vizcaya y Pamplona, principalmente. Son una porción las familias enteras de carboneros que se ven en la precisión de abandonar su valle nativo.

ESTUDIO ETNOGRÁFICO DE AMÉSCOA (III)

Prácticamente la industria artesana del carboneo ha dejado de existir en nuestro valle.

En la actualidad todo el material maderable de nuestros montes y sierras se vende en lotes a pública subasta, y únicamente lo explotan los industriales madereros. Cuentan estos con camiones y tractores para el arrastre, la sierra mecánica (la moto-sierra) para derribar y cortar los árboles, la grua para cargar el camión, ...y se valen de obreros asalariados. Todos, industriales y obreros, viven en sus casas desde donde se trasladan diariamente al «tajo» en camiones o coches de turismo.

Luciano LAPUENTE MARTÍNEZ
San Martín de Améscoa, Julio de 1975



Foto 1.—Terminando de armar la carbonera.



Foto 2.—Agujeros laterales para regular la cocción del carbón.



Foto 3.—Destapando el hueco de la chimenea para introducir el “bertagarri”.



Foto 4.—Urgando en la chimenea.



Foto 5.—Introduciendo los “machos” en la carbonera.

